

Federico Lombardi S.I.

La Oración, fuerza que cambia el mundo (BAC, Madrid 2016)

Estoy muy contento de participar en la presentación de las Actas del Congreso “La Oración, fuerza que cambia el mundo”, organizado el año pasado aquí, en Madrid, gracias a la colaboración entre la Universidad Francisco de Vitoria, la Fundación V Centenario para el nacimiento de Santa Teresa de Jesús, y la Fundación vaticana Joseph Ratzinger – Benedetto XVI.

No he participado en el Congreso, pero he podido ver no superficialmente el Volumen que hoy presentamos y hago con gusto algunas breves consideraciones.

Personalmente, he encontrado tres pistas para entrar en la riqueza del Volumen. Naturalmente, están entrelazadas entre ellas, pero me ayudan a reconocer la riqueza de las diversas contribuciones: la pista ratzingeriana, la pista teresiana, la pista de la relación entre la oración y las obras para la transformación del mundo.

Me parece realmente justo resaltar que la oración tiene un lugar fundamental en la vida y en la reflexión teológica de **Ratzinger-Benedicto** y el Volumen enfoca sobre todo dos aspectos.

El **Prof. Urbarri** nos hace ver de manera fascinante y con total claridad que para Ratzinger la oración de Jesús es la llave misma para comprender la figura de Jesús. En su diálogos con el Padre (¡Abbá!) vemos que Él es el Hijo y comprendemos en qué modo el Padre es Padre. Esta llave retorna en toda la reflexión teológica de Ratzinger en el curso de las diversas etapas de su vida: cuando es profesor de teología en Alemania, cuando es Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, hasta cuando finalmente – como Papa – compone su gran trilogía sobre Jesús: la oración de Jesús nos hace ver a Jesús en comunión con el Padre, el Hijo que está en diálogo con el Padre, que vive en comunión con el Padre; y esta comunión da impulso a su acción e inspira su enseñanza.

Y la oración de Jesús es una oración que transforma, transforma la misma voluntad humana de Jesús, como evidencia Urbarri, conformándola plenamente con aquella del Padre (por ejemplo, en el Huerto de los Olivos...).

La oración del cristiano nace naturalmente de la oración de Jesús, que nos hace hijos, capaces de decir también nosotros: ¡Padre, Abbá! Y también la oración del cristiano lo transforma interiormente, lo hace capaz de amar hasta el extremo, como Jesús, y

lo conduce a la acción. Esto aparece muy claro en las invocaciones del Padre Nuestro que Jesús nos enseña, en particular de aquella: “¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!”, donde la dinámica de la oración como fuerza que transforma el mundo está completamente explícita.

Coherentemente, cuando Ratzinger será Arzobispo de Munich escribirá una carta pastoral que lleva exactamente la misma frase del Congreso: “La preghiera cambia il mondo” – ¡La oración cambia el mundo!

El segundo aspecto ratzingeriano característico y fundamental, que está iluminado bien en el Congreso, es aquel de la relación entre la oración y la teología. Para Ratzinger la teología en la Iglesia no puede absolutamente prescindir de la fe, porque es una reflexión sobre la fe y en la fe de la Iglesia. Y la fe viva comprende, naturalmente, la relación con Dios, la oración. La dimensión espiritual de la teología es condición de su existencia. Aquí, Ratzinger se encuentra en plena sintonía con **Hans Urs von Balthasar**, mientras se distancia de diversos otros teólogos alemanes, como sabemos bien por las vicisitudes de su vida. De esta síntesis profunda y vivida entre fe, oración y teología habla bien y ampliamente **Pablo Blanco Sarto**.

Esta dimensión de la unión de oración y vida en Ratzinger, sale ahora plenamente a la luz en su dimensión existencial, precisamente en esta última etapa de su vida, dedicada al recogimiento y a la oración. El reciente libro “**Últimas conversaciones**” en el cual están recopiladas algunas conversaciones de Benedicto XVI con **Peter Seewald** realizadas también durante su estadía en el convento Mater Ecclesiae, nos da un hermoso testimonio de cómo su vida se está cumpliendo en preparación al encuentro con Dios en un clima de oración casi monástico.

En la pista más bien teresiana de lectura del Volumen, que es también muy rica, puedo decir menos porque soy menos competente, aunque recuerdo que, cincuenta años atrás, mientras era un joven estudiante jesuita, el padre espiritual me aconsejó la lectura de la Autobiografía de Santa Teresa diciéndome: “Recuerda que los horizontes de la oración en la Iglesia con teresianos”. De lo que está dicho en el Volumen me ha impresionado la fuerza con la cual la Santa, mística altísima, insiste con sus hermanas sobre el vínculo necesario entre la oración y las obras. **P. Borrel** recuerda que precisamente al término del Castillo interior, en el momento de la máxima unión con Dios, de las experiencias místicas más elevadas, Teresa exclama: “Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras, obras”. Y también la Rectora de la Universidad de Ávila,

recuerda: “Obras hermanas, obras quiere el Señor”. Un hijo de San Ignacio no puede no observar que en los Ejercicios Espirituales, precisamente en la “contemplación final para obtener el amor”, Ignacio se preocupa de hacernos notar que “el amor está más en las obras que en las palabras”.

El tema de la eficacia de la oración en la transformación del mundo es fascinante. El Volumen nos da puntos de partida importantes y convincentes en los testimonios sobre oración y familia, y oración y acción social. Por ejemplo, considero bellísima y profunda la descripción realizada por **Carmen de la Calle Maldonado** de las diversas etapas con las cuales su oración fue poco a poco profundizando y purificando con el progresar de la experiencia del compromiso social para la transformación del mundo, que lleva consigo también la experiencia de nuestra impotencia.

Pero aparecen señales que ciertamente podrían ser todavía desarrolladas de manera fecunda, por ejemplo “oración, contemplación y cuidado de la creación”, en la línea de la parte conclusiva de la Encíclica Laudato sí y de la importancia, a menudo olvidada, de la conciencia del hecho que somos creados por Dios. Por mi parte propondría también otras pistas, como “oración pública y paz”, reflexionando sobre eventos importantes como los encuentros interreligiosos de Asís o el famoso encuentro de oración por la paz en Tierra Santa al cual el Papa había invitado al Presidente israelí y a aquel palestino; o también “perdón público, reconciliación y paz”, reflexionando sobre eventos históricos como la superación cristiana de la lucha armada después del terrorismo en Italia de los años '70... Pero no es de esto que debo hablar ahora. Quiero sólo decir que el Volumen me parece bello precisamente porque estimula a seguir adelante aun por muchos caminos.

En ocasión de la Presentación del Premio “Razón abierta” (28.9.2016)

Pienso que debo decir algunas palabras acerca del motivo por el cual la Fundación Ratzinger-Benedicto XVI ha dado su disponibilidad para colaborar con la Universidad Francisco de Vitoria en la nueva iniciativa de los Premios “**Razón abierta**”.

Quien conoce el pensamiento de **Joseph Ratzinger** y el **Magisterio del Papa Benedicto XVI** sabe muy bien que el tema de la relación entre fe y razón, entre teología, filosofía y ciencia, es un tema particularmente importante para él, y vuelve a tocarlo frecuentemente en sus escritos y en sus discursos.

La concepción positivista muy difundida en el pensamiento contemporáneo, que niega un estatuto científico a la filosofía y a la teología y las separa completamente del mundo de la ciencia, reducida al reino de la matemática y de la verificación experimental, es vista por Ratzinger con una grandísima preocupación, porque es portadora de grandes riesgos de reducción de la visión del hombre, hasta perder los fundamentos del derecho y del reconocimiento de la dignidad de la persona humana.

Por lo tanto, él vuelve a menudo sobre la necesidad de tener una visión amplia y abierta de la razón y de su ejercicio en la búsqueda de la verdad y de la respuesta a las preguntas fundamentales sobre el hombre y su destino.

Quisiera recordar dos tipos de intervenciones de Benedicto XVI en este sentido: aquellas que conciernen a la Universidad, su naturaleza y su función, en particular la Universidad católica; y los grandes discursos públicos al mundo cultural y político, en el curso de algunos viajes europeos.

En la primera serie de intervenciones podemos recordar (pero hay también, probablemente, muchos otros):

Discurso para la inauguración del Año Académico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón (25.11.2005).

Discurso a la Universidad de Ratisbona (Regensburg) (12.9.2006).

Discurso al Encuentro de los Rectores y Docentes de las Universidades Europeas (23.6.2007).

Discurso preparado para la visita a la Universidad de Roma “La Sapienza” (enero 2008).

Discurso para los jóvenes profesores universitarios en la Basílica de San Lorenzo al Escorial durante la JMJ de Madrid (19.8.2011).

Me limito aquí a un par de citas en las cuales las palabras “razón abierta” y “ampliación de la razón” y de sus horizontes, son absolutamente explícitas:

“Por eso, la Universidad católica es un gran laboratorio en el que, según las diversas disciplinas, se elaboran itinerarios siempre nuevos de investigación en una confrontación estimulante entre fe y razón, orientada a recuperar la síntesis armoniosa lograda por santo Tomás de Aquino y por los otros grandes del pensamiento cristiano, una síntesis contestada, lamentablemente, por importantes corrientes de la filosofía moderna. La consecuencia de esta contestación ha sido que, como criterio de racionalidad, se ha afirmado de modo cada vez más exclusivo el de la demostración mediante el

experimento. Así, las cuestiones fundamentales del hombre —como vivir y morir— quedan excluidas del ámbito de la racionalidad, y se dejan a la esfera de la subjetividad.

Como consecuencia, al final desaparece la cuestión que dio origen a la universidad —la cuestión de la verdad y del bien—, siendo sustituida por la cuestión de la factibilidad. Por tanto, el gran desafío de las universidades católicas consiste en hacer ciencia en el horizonte de una racionalidad verdadera, diversa de la que hoy domina ampliamente, según una **razón abierta** a la cuestión de la verdad y a los grandes valores inscritos en el ser mismo y, por consiguiente, **abierto** a lo trascendente, a Dios” (35.11.2005).

“Una segunda cuestión implica el **ensanchamiento de nuestra comprensión de la racionalidad**. Una correcta comprensión de los desafíos planteados por la cultura contemporánea, y la formulación de respuestas significativas a esos desafíos, debe adoptar un enfoque crítico de los intentos estrechos y fundamentalmente irracionales de limitar el alcance de la razón. El concepto de razón, en cambio, **tiene que "ensancharse"** para ser capaz de explorar y abarcar los aspectos de la realidad que van más allá de lo puramente empírico. Esto permitirá un enfoque más fecundo y complementario de la relación entre fe y razón. El nacimiento de las universidades europeas fue fomentado por la convicción de que la fe y la razón están destinadas a cooperar en la búsqueda de la verdad, respetando cada una la naturaleza y la legítima autonomía de la otra, pero trabajando juntas de forma armoniosa y creativa al servicio de la realización de la persona humana en la verdad y en el amor” (23.6.2007).

Pero me parece justo también recordar que este mismo tema, y las preocupaciones que lo subtienden, retorna claramente en tres discursos que, en mi opinión, son entre los más importantes del Pontificado, y que manifiestan el esfuerzo más alto de Benedicto XVI de hablar al mundo de nuestro tiempo a través de los representantes de la cultura, de la vida social y política:

El Discurso al mundo de la cultura francesa en el **Collège des Bernardins (12.9.2008)**, en el cual, después de haber mostrado cómo la “búsqueda de Dios” (quaerere Deum) está en el origen de la cultura europea, concluye: “Una cultura meramente positivista que circunscribiera al campo subjetivo como no científica la pregunta sobre Dios, sería la capitulación de la razón, la renuncia a sus posibilidades más elevadas y consiguientemente una ruina del humanismo, cuyas consecuencias no podrían ser más graves”.

El Discurso al mundo de la cultura, de la sociedad y de la política en la **Westminster Hall de Londres (17.9.2010)**, en el cual, después de haber puesto en evidencia la necesidad de sólidos fundamentos para el respeto de la persona humana, de la libertad y de la democracia, habla justamente de la relación de mutua ayuda “del mundo de la racionalidad secular y el mundo de las creencias religiosas...por el bien de nuestra civilización”.

Finalmente, el **Discurso al Parlamento Federal alemán en el Reichstag de Berlín** (22.9.2011) en el cual insiste en el hecho de que “el dominio exclusivo de la razón positivista... pone fuera de juego las fuentes clásicas de conocimiento del ethos y del derecho”. Para salvaguardar los fundamentos del derecho y de la justicia es necesaria una razón más amplia, “una razón abierta al lenguaje del ser”.

Bastan estas referencias para intuir fácilmente la amplitud de los campos en los cuales Benedicto XVI ve que debe ejercitarse la “razón abierta” para un verdadero humanismo y para el bien de la civilización humana.

Y naturalmente todo esto no debe ser visto en la perspectiva sólo del magisterio de Benedicto XVI. Es interesante cómo en la conclusión del último discurso que he citado, aquel al Parlamento alemán, Benedicto ponía el ejemplo de la ecología y de la crisis ecológica para mostrar concretamente las consecuencias de visión limitada de la razón positivista y utilitarista, incapaz de ponerse correctamente en relación con la naturaleza en general y con la naturaleza humana en particular.

La gran encíclica *Laudato sí* del Papa Francisco sobre el cuidado y la responsabilidad de nuestra casa común, vuelve a proponer y refuerza con una mirada global y con una síntesis maravillosa precisamente esta temática, y ofrece, por lo tanto, un contexto amplísimo y actualísimo en el cual la “razón abierta” se debe ejercitar para responder a las preguntas cruciales de la humanidad de nuestro tiempo.

Gracias por la atención.